

VI.

Luis Solórzano fué inmediatamente después de tomada la plaza, ascendido al grado inmediato como merecido premio á su valor y buen comportamiento, y no cesó de permanecer al lado del General Leandro Valle, que lo distinguía y colmaba de consideraciones.

Enrique se separó desde luego de la carrera de las armas, para dar ese último consuelo á su cariñosá madre, que á poco dejó de existir bendiciéndolo.

Luz halló siempre en el cariño de su hermano, dulce consuelo á su orfandad.



MARIA.

(RECUERDOS DEL TIGRE DE ÁLICA).

Al Sr. Lic. D. Ignacio M. Altamirano.

I.

MUCHO tiempo hacía que alimentaba yo vivísimo deseo de conocer la ciudad de Tepic.

Gran interés habían despertado en mí las terribles á la vez que romancescas relaciones que había oído sobre los acontecimientos allí desarrollados durante el larguísimo periodo en que Manuel Lozada, sobrenombrado el "Tigre de Álica," imperó en aquella poética y fertilísima tierra.

Todos conocen la historia de Lozada. De aquel indio semisalvaje, que gracias á las terribles ironías del destino, pudo levantarse del polvo de la bulgaridad

en que había nacido, para encumbrarse al elevado puesto de General de División y aun soñó en su delirio con el Gobierno de México.

De apacentador de vacas en una humilde ranchería, se lanzó á impulsos de un amor contrario, al asalto y al robo en el camino real. Perseguido por el capitán de "Acordada" Mariles, logró sorprender á éste en uno de los lugares más escabrosos de la Sierra llamado el "Paso de los encinos," cogiéndolo prisionero.

El infortunado guardian de la seguridad pública no halló compasión en su verdugo, que le infligió martirios sin cuento.

Le mandó descarnar las plantas de los piés y lo hizo en seguida marchar en un camino cubierto de gujarros.

Le cortó la lengua y le sacó los ojos; y por fin, lo hizo morir lentamente á lanzadas,

Este horrible y atroz asesinato, debía ser el primer eslabón de una cadena de crímenes que había de conquistar á su autor el sobrenombre del "Tigre de Álica."

Desde el asesinato de Mariles, Lozada se impuso por el terror en casi todos los pueblos del Nayarit. Poco después uno de los partidos que entonces dividían y ensangrentaban la República, no tuvo obstáculo en aprovecharse del ascendiente que Lozada había conquistado entre los numerosos indios que pueblan el vasto cantón de Tepic, y lo invistió con el grado de Comandante, quedando así convertido en jefe del ejército regular, el audaz capitán de bandoleros.

Desde entonces el poder de Lozada fué creciendo día á día.

Logró hacerse dueño absoluto del territorio del Nayarit, que gobernaba él solo, sustrayéndose siempre á las leyes y al Gobierno general de la Nación.

Diose entonces el hecho singular de que en el corazón del país, cualquiera que fuese la forma de gobierno, ya existiese la República ó se implantase el Imperio, el Territorio de Tepic permanecía aislado é independiente, como un bajalato incrustado en el seno de un país libre; como un cacicazgo gobernado por un reyezuelo que trataba con el Gobierno de México de potencia á potencia.

Manuel Lozada era un hombre enteramente vulgar. No poseía más cualidades que un valor temerario para la lucha y la astucia propia de la raza á que pertenecía.

Estas circunstancias no habrían bastado, sin duda, á elevarlo si ciertos negociantes sin conciencia á cuyos intereses convenia mantener el territorio quebradísimo de Tepic, como una especie de "zona libre" con su inmediato puerto por donde el contrabando pudiera ejercerse en vastísima escala, no hubieran manejado hábilmente á aquel hombre convirtiéndolo en instrumento productivo en sus manos.

Si á esto se añade que los indígenas á quienes Lozada subyugaba por el ascendiente de su valor y por los poderosos lazos de casta, forman numerosos pueblos esparcidos en terrenos inaccesibles, donde un comba-

tiente puede luchar con ventaja contra cien enemigos; que estos indios, todos armados á sus propias expensas, se alzaban como un solo hombre á la menor orden de su jefe, se comprenderá como esta personalidad vulgar pudo enseñorearse de una vasta extensión del país; y por qué llegó á ser adulado y vendecido por algunos obispos, y condecorado por algunos de los jefes de la Nación, entre los que es preciso nombrar al ex-emperador de México, Maximiliano de Austria.

El reinado de Lozada se había prolongado gran número de años, algo más de veinte, y amenazaba perpetuarse indefinidamente si la traición de uno de los suyos no lo hubiera entregado en poder del General Ceballos, que en 1874 hizo la campaña contra él; terminando su carrera de crímenes en el patíbulo levantado en la loma de los Metates.

Manuel Lozada murió con valor, protestando ser inocente de los crímenes de que lo acusaban.

¡Tan sagrados son los fueros de la moral y de la justicia, que los más obcecados criminales jamás confiesan haberlos hollado, buscando siempre alguna causa justificada que los disculpe!

II.

El vivo deseo que yo tenía de conocer la antigua capital del imperio de Lozada, cumplióse al fin; y en verdad que me agradó sobremanera el magnífico espectá-

culo de la ciudad, cuando siguiendo mi costumbre de abarcar de una mirada el panorama general de las poblaciones que visito, para fijarme después en los detalles, pude contemplarla desde la inmediata loma de la Cruz.

Si la mano del hombre no ha levantado allí monumentales edificios, la naturaleza en cambio ha prodigado á aquella tierra sus más ricos tesoros.

En los momentos en que desde la altura en que me hallaba dirigía mi vista fijándola en la ciudad, el sol acababa de ocultarse dando lugar á uno de esos bellísimos crepúsculos que solo se ven en las zonas tropicales. La luna, en cambio, aparecía por detras del cerro de "San Guanguéy," iluminando con su apacible claridad, que se abría paso á traves de la bruma, las truncadas torres de la parroquia; la cúpula deslumbrante de blancura, de la casa Municipal; el vasto cimborrio, formado en gajos, de la comenzada Penitenciaría; el gracioso y ameno jardín de la plaza principal; las manzanas de casas, que semejantes á blancos islotes, sobresalían entre los verdes platanares ó los exhuberantes cafetos cargados de rojo fruto. Algo retirada de la ciudad veíase al Norte, la pintoresca fábrica de mantas de "Jauja," con su espumoso río que le da movimiento y vida; sus puentecillos rústicos, sus frescos y aromados jardines, sus cascadas naturales, y su vasto edificio donde bullen, como las abejas en un gran colmenar, centenares de trabajadores de ambos sexos. Al Sur y destacándose sobre una eminencia del terreno, está el an-

tiguo convento de la Cruz, hoy hospital militar, donde se venera la legendaria cruz de zacate que la fé religiosa mantiene verde y lozana.

Engastando este cuadro, como rústico marco, se divisan por todos lados empinadas y verdes montañas.

III.

No léjos de la loma de la cruz, y ya en las últimas calles de la ciudad, hay una casa de humilde apariencia donde vivió en otro tiempo una joven bellísima, que fué una de las víctimas del tigre de Álica. Esta verídica á la vez que sencilla historia me fué contada así:

María era el nombre de la que allí vivió, me dijeron señalándome la pobre habitación. Aquella joven que apenas contaría diez y seis años cuando tuvieron lugar los sucesos que con ella se relacionan, era de una belleza sorprendente; pero lo que más causaba la admiración de cuantos la veían, eran los ojos, que sobrepasaban en dulzura y gracia á toda ponderación, por lo que bien pronto fué conocida en toda la ciudad con el epíteto de “María ojos lindos.”

Pertenecía á una familia pobre, lo que unido á su deslumbrante hermosura, hacía que fuera objeto de constantes declaraciones amorosas y aun de infames asechanzas; más ella siempre modesta y virtuosa, nun-

ca dió oídos á los que ansiosos de poseerla, la perseguían por todas partes.

Pero aquella humilde florecilla que á semejanza de la violeta ocultaba pudorosa sus gracias y perfumes, debía ser arrancada brutalmente por la despiadada mano del cacique Lozada, del señor absoluto de la vida y de la honra de los desdichados habitantes del cantón.

Informado el feroz bandolero de la belleza de María, determinó hacerla suya, y como el más ligero de sus caprichos era una orden que irremisiblemente se cumplía, la joven fué una noche extraída de su casa por un grupo de esbirros que bien pronto la arrojaron en brazos de su terrible jefe.

Los amores de Manuel Lozada no duraban mucho. Una vez saciado su brutal deseo, las desgraciadas víctimas de su lascivia pasaban á poder de sus jefes subalternos que pronto las abandonaban á su vez, no para que volvieran al desierto hogar, sino para hacerlas sufrir el horrendo suplicio del “Volantín,” que pronto explicaremos.

La juventud y hermosura de María no fueron bastantes á exceptuarla de esta terrible ley.

Después de permanecer cerca de un mes en poder de su verdugo, fué regalada por este á uno de los suyos y así pasó la infeliz al servicio de distintos dueños, sufriendo resignada el trato brutal de aquellos hombres.

En aquellos días tuvo lugar un acontecimiento que

tenemos que mencionar, porque se enlaza directamente con nuestra relación, y porque además, da idea del poder que Lozada había llegado á adquirir.

IV.

El día 7 de Septiembre de 1859, el General constitucionalista Don Estéban Coronado, después de una marcha triunfal á través de los Estados de Durango y Sinaloa, se acercó á la ciudad de Tepic, con una columna de cerca de tres mil hombres y diez y ocho piezas de artillería, para presentar batalla al jefe reaccionario Moreno que apoyado por Lozada, quien se había declarado partidario y sostenedor del partido clerical, estaba en posesión de la plaza. El General Moreno salió al encuentro de su adversario y fué en seguida derrotado, casi en los suburbios de la población, dejando en poder del enemigo todos sus elementos de guerra.

El General vencedor, Coronado, se apoderó luego de la plaza; pero pocos días pudo permanecer tranquilo en ella, porque á principios de Noviembre, las numerosas huestes de Lozada, que como un alud empezaron á descender de la Sierra, pusieron cerco á la ciudad.

Empezaron entonces los encuentros y las escaramuzas en las mismas calles de la población.

El General Coronado, halagado tal vez por sus continuos anteriores triunfos ó quizá despreciando más de lo que la prudencia aconsejaba, al enemigo que ahora se le presentaba, no tomó precauciones de ninguna clase, y llevado de su carácter atrevido é impetuoso, salió acompañado de dos ó tres de los suyos á reconocer al enemigo. El natural resultado de esta imprudencia fué, que después de sostener con inaudita bravura un combate desigual con un gran número de sus contrarios, tuvo que retirarse, gravemente herido, al centro de la plaza.

Desde este momento pudo notarse que el desaliento y la desmoralización cundieron en las fuerzas liberales, que no tuvieron ya á su cabeza al jefe superior que poco antes las había conducido á la victoria; á la vez que este deplorable suceso dió nuevos bríos á las indisciplinadas hordas de Alica.

Herido Coronado, lo sustituyo en el mando el coronel Cordero, que lo acompañaba desde la frontera del Norte.

Los combates diarios continuaban entretanto

Ocho días había durado ya el sitio y era necesario intentar un ataque vigoroso al campo de los sitiadores para despejar aquella situación que se iba haciendo amenazadora. En consecuencia se determinó que el coronel D. Ramón Corona, que mandaba un cuerpo del ejército constitucionalista, avanzara sobre el grueso de las fuerzas enemigas que tenían su cuartel gene-

ral en la loma de la Cruz, apoyándose en la inmediata hacienda llamada "El Tecolote."

Este ataque debía ser apoyado por el coronel Cordero, que con su cuerpo cubriría la retaguardia y prestaría el auxilio necesario. En cumplimiento de esta disposición, Corona salió con su columna en la mañana del día 9 de Noviembre y se arrojó con singular denuedo sobre el campamento enemigo; pero no habiéndose presentado en su ayuda Cordero y teniendo que luchar con fuerzas mucho más numerosas que las suyas, bien pronto se vió amenazado por su retaguardia y tuvo que replegarse á la plaza; perseguido de cerca por sus contrarios á quienes este nuevo descalabro había envalentonado.

Tres días después, Cordero trató con Lozada ofreciendo entregarles la plaza, bajo la condición de que se le permitiera salir con las pocas tropas que le quedaban rumbo á la Costa, á donde salió en efecto escoltado por cien hombres enemigos que lo condujeron hasta el límite del Cantón.

La artillería y las armas habían quedado en poder del vencedor.

El desastre final de esta campaña, fué atribuido entonces, ignoramos con qué fundamento, á la traición del Coronel Cordero, que según aseguraban se había vendido al enemigo por una gran cantidad de oro, dejando por tal circunstancia abandonado á Corona en la acción de la loma de la Cruz, y haciendo de este modo inevitable la derrota.

Cordero espíó á poco su verdadera ó supuesta traición, en el pueblo de Escuinapa, donde fué fusilado por los suyos.

En cuanto al joven y valiente General Coronado, murió en la misma ciudad de Tepic, asegurándose entonces que su muerte fué debido á la impericia de un cirujano extranjero que practicó la amputación de la pierna herida.

Con motivo de este desastre Manuel Lozada quedó de nuevo imperando en la ciudad, y su audacia y su prestigio aumentaron.

No debía terminar esta campaña sin que fuera marcada por algún acto de salvajismo del sanguinario jefe.

Durante la acción de la loma de la Cruz, dos oficiales pertenecientes á la fuerza que mandaba Coronado, se habían distinguido por su valor penetrando hasta el centro de las filas contrarias, y matando á dos de los jefes más queridos de Lozada.

En la retirada, los dos oficiales que se apellidaban Lozano y Aburto, fueron hechos prisioneros.

Dos días después de la toma de la plaza, Lozada ordenó que aquellos infortunados jóvenes fuesen á dar "un paseo al Volantín." Veamos lo que significaba este "paseo."

V.

Como á unas quince leguas distante de Tepic, hacia el Norte, en la parte más fragosa y empinada de la Sierra de Álica, hay una profunda y estrecha barranca.

Casi en su parte media esta barranca está dominada por una meseta formada por enormes peñascos, que á aquella inmensa altura se destacan con un color blanquecino, como la cabeza encanecida de un gigante.

Á esa alta cima, se sube trabajosamente por un estrecho sendero, y del lado de la barranca la roca está formando un plano perpendicular, un "reliz" en los términos propios de la comarca, en cuya pulida superficie se reflejan los reverberantes rayos del sol.

Cuando el curioso visitante sube á esta meseta y se asoma apoyándose en la roca para sondear con la mirada aquella profundidad, vé abajo de él las nubes y circiéndose en el aire algunas aves de rapiña. Más abajo las peñas y los árboles como pequeños puntos oscuros, y más abajo aún, un arroyo cuyas aguas reflejan á trechos la claridad del cielo.

Aquella elevadísima cima, aquel grupo apenas accesible de blancas rocas, es conocido con el nombre del "Volantín."

Desde que Lozada se lanzó en su carrera de crímenes, aquel sitio fué escogido por él como un lugar de suplicio para las desgraciadas víctimas que habiendo

despertado en sumo grado su cólera, merecían á su juicio un castigo mayor que el simple fusilamiento; ó bien para las desgraciadas mujeres que él ó los suyos robaban y que después de repudiadas era necesario que desaparecieran para siempre, con el objeto de que guardaran eterno silencio.

Sin duda por un exceso de suspicacia, el astuto bandido daba á sus víctimas aquella inabordable tumba para borrar por completo las huellas de su crimen.

Porque los desdichados que eran sentenciados al "paseo del Volantín," desaparecían para siempre sin que jamás se hallaran ni aun sus huesos. Nadie volvía de aquel paseo.

Por lo común estas ejecuciones se verificaban con el mayor sigilo, y solo los más allegados al cacique conocían el sitio del suplicio y la manera de aplicarlo.

Para el común de las gentes, el "Volantín" era simplemente un destierro; para los iniciados en el secreto, era la eternidad.....

En cuanto al modo de hacer morir allí era bien sencillo. Arrastradas las víctimas hasta la altura de la meseta que hemos descrito, se les obligaba á lanzarse al fondo del precipicio, á donde rodaban haciéndose mil pedazos entre las peñas del horrible desfiladero.....

VI.

Hemos dicho que Lozada había dado la orden de que los dos valientes oficiales, Aburto y Lozano fueran conducidos al "Volantin."—Pretendía vengarse con gran lujo de crueldad, de aquellos militares, que en medio de la lid y con armas iguales, habían dado muerte á dos de sus cabecillas.

El jefe encargado de conducir y ejecutar á los prisioneros, era un indio llamado Juan Miguel, en quien Lozada depositaba toda su confianza.

Por una rara coincidencia, María, la infortunada joven cuya historia vamos refiriendo, había pasado entonces á poder de Juan Miguel, que hastiado de ella determinó hacerla morir en el "Volantin," á la vez que á los dos prisioneros.

Cuando la joven oyó que la llevaban al "Volantin," supuso que se trataba de una de tantas excursiones por la montaña, en que á su pesar había tomado parte, sin sospechar ni remotamente el horrendo martirio que pensaban hacerla sufrir.

En cuanto á los prisioneros, nunca dudaron de que se les iba á asesinar, aunque ignoraban los detalles.

El jefe encargado de la ejecución, seguido de una escolta que guardaba á los sentenciados, tomó el camino de la Sierra en dirección al "Volantin."

Era el camino bastante escabroso; además' los oficia-

les eran llevados á pie y se les habían atado las manos por detras para mayor seguridad, por lo que el primer día de marcha hubo que acampar bastante entrada la noche, en plena Sierra, á corta distancia del "Volantin," á donde deberían llegar al día siguiente por la mañana.

La noche estaba profundamente oscura, Juan Miguel mandó atar de pies y manos á sus dos prisioneros y se acostó á dormir, seguro de que no se le escaparían.

Con la joven no se había tomado más precaución que poner á uno que la vigilara.

Cuando ya casi todos dormían en el campamento, el Guardian de María se acercó sigilosamente á ésta y le dijo: Si no quieres morir, sígueme.

La joven, sobrecogida de terror, siguió luego á aquel hombre. Cuando estuvieron retirados de modo que no los pudieran oír, dijo éste á María: Mañana tú y los dos oficiales prisioneros, morirán hechos pedazos en la barranca del "Volantin." Si quieres escaparte puedes irte de aquí por este lado; y le señaló una angosta vereda.

La infeliz muchacha no dudó de la sinceridad de las palabras del indio, y sin vacilar huyó por lo más intrincado del monte.

¿Qué móviles había tenido el guardian de María para procurar salvarla? quién sabe! Tal vez en su natural inculto pero aún no depravado, habían influido la

juventud é inocencia de María; quizá tenía alguna hija y se acordó de ella.

Dejemos por ahora á los del campamento, que no habían advertido la evasión, y sigamos á la joven en su huida.

VII.

En su afán de retirarse lo más que le fuera posible del lugar donde quedaban Juan Miguel y su gente, María emprendió á todo correr el camino que se le había indicado.—Después de una rápida marcha que duraría tres ó cuatro horas, sintióse muy fatigada y se paró para tomar aliento.

En su carrera no había seguido ningún camino abierto porque allí no lo había. Marchó á la ventura y sin rumbo; después, bastante fatigada, resolvióse á descansar algunos momentos y procuró orientarse.

La noche seguía profundamente oscura, pero sus ojos acostumbrados ya á distinguir los objetos en la oscuridad, podían distinguir grandes árboles y peñascos, que por todas partes le obstruían el paso.

Buscando alguna salida vió á su frente una oscura barranca y suponiendo que por allí podría encontrar más fácilmente alguna ranchería ó al menos ocultarse mejor de sus perseguidores, se aventuró por allí y empezó á descender por la escabrosa ladera.

El descenso duró todo el resto de la noche; cuando

el sol comenzó á aparecer al siguiente día, la joven había llegado al fondo de la barranca, hechos girones los vestidos y destrozados los pies en las asperezas del camino.

Ya allí, su atenta mirada pudo descubrir un espectáculo extraño y horrible; había entrado á una extensa plazoleta rodeada de rocas y enteramente desprovista de vegetación, donde yacían aquí y allá hacinados y en desorden, gran cantidad de restos humanos. Esqueletos enteros, fragmentos de huesos, cráneos emblanquecidos, girones de vestidos que se deshacían lentamente por la acción del agua y del tiempo.

Un tigre de piel manchada olfateaba allí, retirándose á la vista de la joven con paso cauteloso.

Aquello era un cementerio, un campo mortuorio donde no se veían lápidas ni inscripciones, y donde los insepultos cadáveres solo tenían el cielo por abrigo y las escarpadas laderas de la honda barranca.

Ante aquel espectáculo, María no pudo reprimir un grito de espanto. Quiso huír, pero sus fatigados miembros no se lo permitieron y tuvo que sentarse desfallecida.

Para desviar sus ojos de aquel espantoso lugar, alzó la vista y desde luego llamó su atención, en lo más alto de la cumbre de aquella quebrada, un grupo de rocas blancas que formaban una especie de meseta.—Era aquel precisamente el lugar que hemos descrito y que lleva el nombre de “el Volantín.”

La joven estaba al pie del mismo sitio donde ese día

debían ser ejecutados los dos prisioneros, y donde ella también hubiera muerto si por casualidad no escapara de sus sanguinarios verdugos.

Poco tiempo hacía que tenía la vista fija en aquella altura, cuando vió allí brillar á los rayos del sol, algo como unas hojas de acero. Después vió aparecer al borde del precipicio dos hombres cuyos cuerpos apenas distinguía, que estrechándose en un abrazo, se lanzaron al fondo de la barranca.

Los vió rebotar entre las peñas, dejar girones de vestidos en los troncos de los árboles, y rodar en fin, en vertiginoso movimiento, por la pendiente, hasta llegar hechos pedazos en confusa masa sangrienta casi hasta sus pies.

Inmediatamente comprendió que aquellos desgraciados no eran otros que los dos prisioneros que el día anterior había dejado en poder de Juan Miguel. Desde luego supúsose que éste y los suyos estaban en aquella altura; y presa la infeliz de invencible terror, quebrantada por tantas emociones, cayó desplomada sin sentido.

Cuando volvió en sí, después de algunas horas, nada vió ya sobre las rocas. Se levantó haciendo un supremo esfuerzo, y casi arrastrándose, logró salir de allí, siguiendo la corriente del arroyo.

Fácilmente se habrá comprendido lo que había pasado en el "Volantín." Al amanecer del día siguiente al en que María se escapara, Juan Miguel y los suyos emprendieron la marcha de nuevo con sus dos prisio-

neros hácia el lugar del suplicio. Desde luego el jefe de la escolta notó la falta de María, y después de hacerla buscar, aunque inútilmente, se resignó á dejarla, suponiendo que la joven jamás saldría de aquellos intrincados montes.

Llegados al "Volantín," el jefe de los asesinos intimó á los oficiales Lozano y Aburto que se arrojaran voluntariamente al precipicio, ó de lo contrario serían á ello obligados con las puntas de las lanzas.

Los valientes prisioneros optaron por lo primero, y estrechándose en un mútuo abrazo, se desprendieron de la elevada cima.

Ya hemos visto que sus cuerpos rodaron en confusa masa sangrienta hasta llegar cerca de María.

Los verdugos se volvieron satisfechos de su obra á rendir el parte circunstanciado al general Lozada, su jefe supremo.

VIII.

Algunos días después de estos acontecimientos, un vaquero que se había internado en la sierra en busca de una res que se le había perdido, encontró á una joven que cubierta de harapos, con las manos y los pies ensangrentados y comiendo ávidamente algunas yervas, vagaba por una inextricable cañada. El vaque-

ro se apoderó de ella y la condujo á la ciudad, donde fué reconocida por su familia.

Aquella joven era María, que vencida por tantos y tan crueles sufrimientos, había perdido la razón: estaba loca.



El Alcalde de Lagos.

TRANQUILISESE el lector: No voy á darle una nueva edici3n de la manoseadísima historia de aquel alcalde de Lagos, que teniendo las manos ocupadas con el sombrero y la vara de la justicia, sumergi3 la cabeza en la pila de la agua bendita; y que habiendo nacido zacate en el coro de la iglesia discurri3 hacer subir unos bueyes para que depejaran el terreno. Mi historia se remonta á tiempos mucho más anteriores: nada menos que á la época feliz en que todavía dependiamos de la madre España; cuando Lagos, ciudad de importancia hoy, ni ostentaba tantas muchachas bonitas como ahora, ni se enorgullecía con su famoso puente, en el que he oído decir que se lee la siguiente inscripci3n:

“Este puente fué hecho aquí, y se pasa por encima.”

Laboriosas investigaciones me han hecho descubrir que el alcalde de que en seguida voy á ocuparme, era